

# EL BASILISCO

 ALICIA LASPRA RODRÍGUEZ. PRESENTACIÓN

 JEAN-RENÉ AYMES. LAS VISIONES FRANCESAS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

 ANTONIO VENTURA. PORTUGAL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. GUERRA PENINSULAR

 VITTORIO SCOTTI DOUGLAS. EL CONDE CESARE DE LAUGIER, UN OLVIDADO CRONISTA DE LOS ITALIANOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



 DIEGO SAGLIA. EL GRAN TEATRO DE ESPAÑA: LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA COMO ESPECTÁCULO DE LA CULTURA INGLESA

 JAN STANISLAW CIECHANOWSKI. LA VISIÓN POLACA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

 ANDRÉS CASSINELLO. EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA: UN ANÁLISIS MILITAR

# 38

ISSN 0210-0088. SEGUNDA EPOCA

10 EUROS



**Director**  
Gustavo Bueno

**Editor**  
Gustavo Bueno Sánchez  
**Adjunto al Editor**  
Pelayo García Sierra

**Secretaría de Redacción**  
Sharon Calderón Gordo

**Consejo de Redacción**  
Montserrat Abad Ortiz  
Gabriel Albiac López  
Mercedes Alvarez González  
David Alvargonzález  
Mariano Arias Páramo  
Carmen Baños Pino  
José María Botas Montes  
José Bolívar Cimadevilla Álvarez  
Oscar Clemotte Silvero  
Javier Delgado Palomar  
Vicente Domínguez García  
Secundino Fernández García  
Alfonso Fernández Tresguerres  
Tomás García López  
Eduardo García Morán  
Felipe Giménez Pérez  
Manuel Asur González  
Antonio González Carlomán  
Santiago González Escudero  
José I. Gracia Noriega  
Alberto Hidalgo Tuñón  
Nicole Holzenthal  
Pablo Huerga Melcón  
Carlos Iglesias Fueyo  
Pedro Insúa Rodríguez  
Atilana Guerrero Sánchez  
José María Laso Prieto  
Antonio López Calle  
Ángel López Díaz  
José Carlos Lorenzo Heres  
Antonio Martínez Rodríguez  
Rosendo Merino Franco  
Enrique Moradillos García  
Daniel Muñoz Crespo  
Pelayo Pérez García  
Francisco J. Piquero Álvarez  
Juan José Plans  
Eliseo Rabadán Fernández  
Teófilo Rodríguez Neira  
José Manuel Rodríguez Pardo  
Elena Ronzón Fernández  
Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina  
Boris Santana Cabrera  
Pedro Santana Martínez  
Francisco Sobrino Beneyto  
Felicísimo Valbuena de la Fuente  
Manuel Varela Ferreiro  
Jesús Vega López

**Suscripciones**  
Amparo Martínez Naves

Diseño: Piérides C&S  
Composición: Permeso S.L.  
Imprime: Baraza, Oviedo

Depósito Legal: O-343-78  
ISSN: 0210-0088 / CODEN: BASIET

Edición Electrónica:



<http://www.filosofia.org>  
[basiel@fgbueno.es](mailto:basiel@fgbueno.es)

grupo helicón

**EL BASILISCO**

Apartado 360 / 33080 Oviedo (España)

Revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura  
ELBASILISCO. Segunda época. Número 38. 2006

Actas del I Encuentro Internacional  
sobre la Guerra de la Independencia  
(Oviedo, 19-21 abril 2006)

**Alicia Laspra Rodríguez**  
*Presentación / 3*

**Jean-René Aymes**  
*Las visiones francesas  
de la guerra de la Independencia / 7*

**Antonio Ventura**  
*Portugal en la Guerra de la Independencia.  
Guerra peninsular / 25*

**Vittorio Scotti Douglas**  
*El Conde Cesare de Laugier,  
un olvidado cronista de los italianos  
en la Guerra de la Independencia / 31*

**Jan Stanislaw Ciechanowski**  
*La visión polaca  
de la Guerra de la Independencia / 41*

**Diego Saglia**  
*El gran teatro de España:  
la Guerra de la Independencia como espectáculo  
de la cultura romántica inglesa / 55*

**Andrés Cassinello**  
*El ejército español en la Guerra de la Independencia:  
un análisis militar / 65*

Artículos

**José Manuel Vázquez Romero**  
*La sociedad científica en los escritos del Sexenio / 79*



---

## BIOGRAFÍAS AUTORES

---

**Jean-René Aymes.** Ex catedrático de civilización española (siglos XVIII y XIX) de la Universidad de París III - Sorbona Nueva. Se ha dedicado al estudio de las relaciones multiformes entre España y Francia: conflictos armados, influencias literarias recíprocas, relatos de viajes, imágenes del «otro». Ha escrito más de cincuenta artículos tanto en francés como en español, y publicado varios libros en España, en particular: *La guerra de España contra la Revolución francesa, 1793-1795* (Alicante, 1991), *Los españoles en Francia, 1808-1814 - La deportación bajo el Primer Imperio* (Madrid, 1987) y *La guerra de la Independencia, 1808-1814* (Madrid, 5ª ed., 2003).

**Andrés Cassinello Pérez.** Teniente General del Ejército de Tierra en situación de 2ª Reserva, Diplomado de Estado Mayor, Graduado de la *Special Warfare School* de los EE.UU., Graduado de la *U.S. Army Command and General Staff College*. Es autor, entre otros, de *Operaciones de Guerrillas y Contraguerrillas* (Madrid 1966), *Juan Martín el Empecinado o el amor a la libertad* (Madrid 1995), *Comisión redactora de la Historia de la Infantería Española* (Madrid, 1993-2001).

**Alicia Laspra Rodríguez** doctora en Filología Inglesa por la Universidad de Oviedo y diplomada en Estudios Norteamericanos por la Universidad de Nueva York. En la actualidad es profesora en el Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa de la Universidad de Oviedo. Es autoridad internacional en las relaciones hispanobritánicas durante la Guerra de la Independencia, temática sobre la que ha publicado diversos artículos, así como dos libros: *Intervencionismo y Revolución: Asturias y Gran Bretaña durante la Guerra de la Independencia (1808-1813)*, con prólogo de Raymond Carr, y *Las relaciones entre la Junta General del Principado de Asturias y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda en la Guerra de la Independencia*, con prólogo de Alberto Aza. Tiene también varias publicaciones sobre cuestiones de lingüística aplicada.

**Diego Saglia.** Profesor Asociado de Literatura Inglesa en la Universidad de Parma (Italia). Su labor investigadora se centra en la literatura y la cultura británicas de la época del Romanticismo, habiendo publicado numerosos trabajos acerca de distintos aspectos del teatro, la poesía y la novela del período 1780-1830.

**Vittorio Scotti Douglas.** Desde 1996 colabora con la cátedra de Historia Contemporánea de España de la Università degli Studi di Trieste. Perteneció al *Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano* y es consejero del *Comitato di Milano* para el trienio 2005-2008. De entre sus publicaciones las más recientes son: «La guerrilla en la Guerra de la Independencia: ¿ayuda imprescindible para la victoria o estorbo grave e inoportuno?», en Marion Reder Gadow, Eva Mendoza García (Coords.), *La Guerra de la Independencia en Málaga y su provincia (1808-1814). Actas de las I Jornadas celebradas en Málaga los días 19, 20 y 21 de septiembre de 2002*, Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga, Málaga 2005, págs. 63-92.

**Jan Stanislaw Ciechanowski.** Profesor del Centro de Estudios sobre la Tradición Antigua en Polonia y Europa Centro-Oriental de la Universidad de Varsovia. Se dedica a la inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial, la región del Mediterráneo durante la Segunda Guerra Mundial, la historia de Enigma, la Guerra Civil Española, la participación polaca en la Guerra de Independencia Española.

**José Manuel Vázquez Romero.** Doctor en Filosofía y Profesor de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Secretario del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería de la Universidad P. Comillas. Ha realizado distintos estudios acerca de la historia moderna del pensamiento español, entre los que pueden destacarse *Tradicionalismo y moderados ante la difusión de la filosofía krausista en España* (Madrid 1998), (en colaboración con el Prof. Enrique M. Ureña) *Giner de los Ríos y los krausistas alemanes. Correspondencia inédita. Con introducción e índices* (Madrid 2003), (junto con el Prof. Pedro F. Álvarez Lázaro) *Krause, Giner y la Institución Libre de Enseñanza. Nuevos estudios* (Madrid 2005).

**António Ventura.** Profesor del Departamento de Historia de la Facultad de Letras de Lisboa. Director de la *Revista da Faculdade de Letras de Lisboa*. Académico de la Academia Portuguesa de la Historia. Director del Centro de Historia de la Universidad de Lisboa. De entre sus publicaciones más recientes destacan *O Reinado de D. Miguel. Os Últimos Meses vistos por um Oficial do General José Ramon Rodil e pelo Barão de Los Valles* (2002), *A Guerra das Laranjas* (2004) (Prémio Fundação Gulbenkian de História Moderna e Contemporânea da Academia Portuguesa de História em 2004), *Estudos de História e de Cultura Portuguesas Contemporâneas* (2004); *Charles Napier, A Guerra da Sucessão, D. Pedro e D. Miguel* (2005); *Mousinho da Albuquerque* (2005); *O Algarve visto pelos Estrangeiros* (2005).

---

## NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

---

*EL BASILISCO, revista de Filosofía, Ciencias Humanas, Teoría de la Ciencia y de la Cultura, considerará para su publicación todos aquellos trabajos relacionados directamente con su temática y sus secciones, que le sean remitidos con este fin.*

*Se acusará recibo de oficio de todos los originales que sean enviados a la revista y se solicitará la adecuación de los mismos, en su caso, a los requisitos formales que se explicitan (sin que esto prejuzgue sobre su aceptación final). La revista informará a los autores, en el menor plazo posible, acerca de la aceptación o no de sus trabajos, una vez sometidos a los mecanismos de evaluación previstos, así como las previsiones de edición en función de las circunstancias de programación de los números. La revista se reserva el derecho de proponer a los autores modificaciones formales en sus trabajos cuando lo considere necesario.*

*Los trabajos deberán estar escritos en español y ser inéditos. En general, no se aceptarán trabajos publicados anteriormente, que hayan sido enviados al mismo tiempo a otra revista o que se encuentren en curso de publicación. Como indicación se recomienda que los artículos que se presenten, sin haber sido solicitados, no tengan una extensión superior a 12 páginas (de 1.800 caracteres).*

*Cada original deberá incluir el título del trabajo (que será conciso e informará al lector del contenido esencial del artículo); el nombre del autor y su dirección postal completa; un resumen informativo del contenido (que no exceda de 150 palabras); el texto principal; las notas y la bibliografía (en su caso). Si el original contiene tablas, cuadros o ilustraciones, se presentarán por separado (indicando en el texto el lugar donde deben insertarse). Las notas llevarán una numeración correlativa y se presentarán juntas al final del texto.*

*La revista agradecerá a los autores que utilicen procesadores de texto hagan llegar a la revista, junto con las copias impresas de su trabajo, un disco con los archivos que contengan el original (indicando el tipo de máquina y de programa de tratamiento de texto que se ha utilizado). Se sugiere, en este caso, para una eventual mejor utilización directa de estos textos, presentarlos sin justificar y sin palabras partidas.*

*Todos los trabajos se enviarán a la Secretaría de Redacción, El Basilisco, Apartado 360, 33080 Oviedo (España), en duplicado ejemplar, junto con una carta del autor principal en la que se ofrezca el original para su publicación en EL BASILISCO y se exprese si el trabajo es inédito o se encuentra sometido, simultáneamente, a examen para otra revista o publicación, así como cuantas circunstancias pueden parecer pertinentes a los efectos de su evaluación (incluyendo una breve referencia personal del autor, que incluya el año de nacimiento y sus datos biográficos y profesionales más relevantes).*



# El Ejército Español en la Guerra de la Independencia: un análisis militar

Andrés Cassinello  
Madrid

---

## Introducción

---



Las guerras constituyen un fenómeno sumamente complejo. Reducir su análisis a los aspectos militares, a los combates y al ir y venir de los ejércitos, supone empobrecer el relato y hacerlo ininteligible; por el contrario, prescindir del hecho militar y extenderse tan solo en el conjunto de fenómenos sociales que se producen en su contexto sería igualmente empobrecedor. La conocida obra del asturiano conde de Toreno se titula *Historia del Levantamiento, guerra y revolución de España*, porque sin el conocimiento de las actitudes del pueblo y de las vicisitudes de la dirección política de la España de entonces corremos el riesgo de no entender nada de lo que acaece en los campos de batalla y viceversa.

Todo lo que sucede en el espacio geográfico donde se dirige y se desarrolla esa guerra es de obligado examen para su comprensión. Propósito difícil de alcanzar, porque las limitaciones de la naturaleza humana nos obligan a resumir —que es cercenar— o a omitir aspectos que nos parecen menos importantes para nuestras intenciones. Cogemos el hilo del relato cronológico de lo que sucede en un marco geográfico y, de repente, nos vemos obligados a la reconstrucción en paralelo de lo acaecido en otro. Con la palabra y con la pluma es imposible expresar la simultaneidad de los acontecimientos separados en el espacio. Por eso, si fuera verdad el fin de las utopías que anunciara Marcuse, imagino en el futuro la exposición de la historia en una pantalla gigante, donde podamos ver a la vez lo que sucedió simultáneamente en nuestro territorio, los movimientos de franceses, británicos, portugueses y españoles; donde oigamos mezclados los prolijos discursos de los diputados, la quejas de José I y el estrépito de las batallas. Porque todo sucede

a la vez, la gloria y la miseria, los discursos y los sermones ardientes y la actitud pasiva, u hostil, de los que se resisten a la movilización. Todo es un inmenso cuadro gris. O un cuadro gris lleno de lunares blancos y negros con otros muchos de diversa tonalidad grisácea.

Lo que sigue constituye una visión parcial del problema, un examen crítico de la actuación del Ejército español en la Guerra de la Independencia desde la óptica de la doctrina militar, sin inmiscuirme en el desarrollo de las batallas, aunque me refiera a sus planteamientos previos y a sus consecuencias. Puede reputarse una osadía que doscientos años más tarde, separado de las tensiones de la guerra, me plantee qué se debió hacer y qué no se debió hacer, aunque para todo ello hubiera razones que escapen a nuestro análisis. Pero he de hacerlo, aunque se pueda discrepar del resultado.

---

## I. La guerra o las guerras

---

La unidad del territorio, la identificación de un único enemigo francés y la simultaneidad en el tiempo, nos llevan a considerar la Guerra de la Independencia como un fenómeno unitario. Pero no es así, porque las acciones de los anglo-lusitanos, ejército regular español y guerrilleros rara vez se dan coordinadamente. Son tres guerras en un único marco territorial y temporal que sólo al final convergerán sobre la frontera francesa.

Las finalidades de estos tres peones de maniobra son distintas. Los aliados británicos obran a las órdenes de su gobierno y en función de la defensa de Portugal, y se arriesgarán a entrar en territorio español solamente cuando su general tenga conciencia de su superioridad sobre las tropas francesas a las que decidirá enfrentarse. Dispone de una envidiable libertad de acción. Dos cartas, una de Moore y otra de

Wellington, definen su actitud<sup>1</sup>: para el primero, la defensa de Portugal es imposible porque sus fronteras están abiertas, por tanto sus tropas deben reembarcar; para el segundo, mientras subsista la rebelión española los franceses no podrán concentrar los 100.000 hombres que necesitarían para batirle, luego Portugal es defendible.

Al Ejército regular español le corresponde el papel más deslucido del conjunto. Mal armado, escasamente instruido y encuadrado, con mandos que se suceden apresuradamente en su dirección, apenas disciplinado, carente de vestuario, comida y pagas, pierde casi todas las batallas y sus plazas fuertes, pero subsiste y jamás abandona la esperanza de alcanzar la victoria. Su inexplicable voluntad de vencer permanece siempre.

Los guerrilleros son los otros protagonistas. Han tenido el favor de los poetas, los políticos y los novelistas, pero también se ha de reconocer en ellos la voluntad de continuar la guerra por otros medios cuando los reglamentarios carecen de fruto. Fijan al terreno a las fuerzas enemigas y les impiden aspirar a la concentración de medios necesaria para acabar de una vez con la amenaza permanente de nuestro debilitado ejército; niegan a los franceses el control del territorio más allá del que pisan y convierten en zona de combate a toda su retaguardia, lo que no es poco.

## II. La situación inicial

Cuando se va a iniciar la Guerra de la Independencia España está en guerra con Gran Bretaña y algunas de sus tropas marchan como aliadas de los franceses contra Portugal, mientras una división española se encuentra en Dinamarca. Para Arteche, los efectivos totales del Ejército español eran de 87.201 infantes, 16.623 jinetes (con solo 10.960 caballos), 6.971 artilleros y 1.233 de tropas de ingenieros. Las milicias provinciales de Infantería llegaban a 32.418 hombres. Un total pues de 144.446 hombres, y aún había una Milicia Urbana y unidades de inválidos que prestaban servicio en las plazas fuertes. Algo menor es la cifra que da la Sección de Historia Militar<sup>2</sup>, que la reduce a un total de 112.081 hombres, y menor aún la valoración de Azanza y O'Farril en sus memorias, que lo cifra en unos 100.000.

La Infantería estaba organizada en 35 regimientos de línea, cada uno con tres batallones, y diez regimientos de extranjeros al servicio de España, de los que 6 eran suizos, cada uno con dos batallones. A estos hay que agregar 12 Regimientos de Infantería Ligera, con un único batallón y otros 12 de milicias provinciales también con un batallón.

La Caballería contaba con 12 regimientos de línea, 2 de cazadores, 2 de húsares y 8 de dragones. Era característica la escasez de caballos.

La Artillería estaba organizada en 4 regimientos, tres de ellos con 4 compañías a pie y una a caballo y el cuarto con cinco compañías a pie; además tres brigadas a 2 compañías

en Ceuta, Mallorca y Canarias y 15 compañías fijas en las plazas fuertes. Estaba escasamente dotada de medios de transporte, pero el material era moderno para su época y la preparación técnica de sus cuadros de mando era excelente.

Pero España estaba en guerra con Gran Bretaña y, como consecuencia, el despliegue de ese ejército era conforme con esa amenaza y de acuerdo con la alianza con Francia. En Dinamarca, la división del marqués de la Romana contaba con 14.905 hombres, encuadrados en 4 regimientos de infantería de línea, dos de infantería ligera, tres de caballería de línea, dos de dragones, una compañía de ingenieros y 25 piezas de artillería servidas por 477 artilleros. En Portugal, como consecuencia del tratado de Fontainebleau, se encontraban tres expediciones españolas: al Norte Taranco, capitán general de Galicia, con 6.556 infantes y 15 piezas de artillería; por Badajoz entró Solano, al frente de 9.147 infantes y 150 jinetes, mientras Garrafa lo hacía por Castilla la Vieja con 7.593 infantes, 2.264 jinetes y 20 piezas de artillería. En total esas tres expediciones sumaban 23.755 infantes y 2.314 jinetes, y si a ellas añadimos la de Dinamarca llegaremos a un total de 38.201 hombres y 5.325 caballos: un tercio de la Infantería española y la mitad de la Caballería montada se encontraba fuera de España.



Azanza y O'Farril se refieren en sus memorias a otro factor a tener en cuenta: el ejército español debía cubrir los puntos susceptibles de ser atacados por los británicos y las plazas que anteriormente habían sido atacadas por

ellos. Las plazas de África, Baleares y Canarias estaban guarnecidas por 15.000 hombres; 10.000 cubrían los puertos gallegos y otros 10.000 estaban situados frente a Gibraltar. Esos 35.000 hombres suponían un despliegue disperso, cuando los franceses se encontraban concentrados en situación central: 56.000 de ellos en las proximidades de Madrid, 20.000 entre Aranda y Vitoria y 12.000 en Barcelona. Otros destacamentos menores de sus tropas ocupaban Pamplona, San Sebastián, Figueras y Jaca, mientras en Portugal desplegaban 26.000 de sus hombres. En total 114.200 franceses, perfectamente coordinados, en situación central y con reservas al otro lado de los Pirineos.

### III. La organización inicial del mando español

No hay una organización del mando al iniciarse el levantamiento. No hay Rey, el ministro de la Guerra, O'Farril, ha optado por el bando francés y todos los capitanes generales, con la excepción de Cuesta en Valladolid y Escalante en Granada, o han sido depuestos o asesinados, mientras el de Barcelona se encuentra prisionero de los franceses. Pero tampoco había una organización militar de nivel regional que pudiera activarse:

En tiempos de paz, los cuerpos estaban a las órdenes del capitán general de la provincia sin formar ejército, ni darle conocimiento de su situación interior. En tiempo de guerra, se formaban apresuradamente brigadas y divisiones, compuestas de diferentes armas, y se ligaban entre sí, y con el general en jefe, por medio de estados mayores que se creaban al mismo tiempo. Los generales no conocían a los jefes de los regimientos, ni podían formarse juicio del estado en que se encontraban los cuerpos y los estados mayores carecían de aquella facilidad en el manejo y celeridad en la ejecución que nace de la costumbre<sup>3</sup>.

Los ejércitos eran expedicionarios. Se nombraba un general en jefe, éste designaba a su Estado Mayor y a ese núcleo se iban agregando regimientos de acá y allá con los mandos intermedios necesarios. Así se había hecho en todas las campañas anteriores, porque la división territorial no llevaba pareja una división orgánica, aunque Morla, en sus propuestas a Godoy<sup>4</sup>, así lo pretendiera. Como resumen de lo anteriormente expuesto: españoles dispersos, sin una organización del mando, frente a franceses concentrados y perfectamente estructurados.

Se inicia entonces la desorganizada fase provincial, que Toreno estima ventajosa por no ofrecer, en el principio del levantamiento, un centro de poder que pudiera ser destruido con facilidad por el enemigo. Hay ejércitos en Santander, Asturias, Galicia, Castilla y León, Extremadura, Andalucía, Murcia, Valencia, Cataluña y Aragón; cada uno dispuesto a defender su propio territorio, pero con dudoso deseo integrador. Son ejércitos improvisados, con jefes elegidos por las juntas que se constituyen, sin poder afirmarse que fueran los mejores disponibles (para entonces había en España 5 capitanes generales y 87 tenientes generales, de

los que sólo Cuesta y Castaños se encuentran al frente de esos ejércitos) y con soldados mayoritariamente de nueva recluta y apenas instruidos ni encuadrados. El paradigma es Cuesta: el levantamiento en Valladolid se produce el 31 de mayo, y para el 12 de junio, contando solamente con 200 soldados desmontados del Regimiento de Caballería de la Reina y un centenar de guardias de corps y carabineros reales escapados de la escolta de Fernando VII, encuadra a 5.000 paisanos armados y se lanza contra los franceses en Cabezón.

Pero se pelea. Zaragoza resiste, Gerona y Valencia rechazan a sus atacantes, los somatenes los derrotan en el Bruch y, aunque se producen los desastres de Cabezón y Medina de Rioseco, por fin, el 19 de julio tiene lugar la victoria de Bailén.

### IV. La coordinación política y los primeros intentos de coordinación militar

La victoria de Bailén y la inglesa de Vimeiro cambiaron el panorama de la guerra. Los franceses se retiran al Norte del Ebro y se produce, por primera vez, la posibilidad de coordinar esfuerzos. En lo político se forma la Junta Central, pero en lo militar, los intentos de lograr un mando unificado fracasan, pese a que el 5 de septiembre se celebrara en Madrid un consejo de generales para fijar un posible «Plan de Guerra». Cuesta propuso que el duque del Infantado asumiera el poder político, mientras que él compartiera con Castaños el poder militar. No hubo acuerdo, pero sí se trazó un «Plan de Guerra»: González Llamas, con las tropas de Valencia y Murcia se establecería en Calahorra; Castaños con las de Andalucía en Soria; Palafox con las de Aragón en Tudela, Cuesta con las de Castilla en Burgo de Osma y Blake con las gallegas en Aranda de Duero, sirviendo de reserva las extremeñas de Galluzo.

Señalemos que ya han transcurrido dos meses desde Bailén y que José I se ha retirado de Madrid sin ser molestado. En Madrid han confluído tres ejércitos que suman 70.000 hombres; en Aragón hay 15.000; 13.000 en Extremadura; 45.000 en León y 20.000 en Cataluña. Los números no son totalmente fiables, pero en total se aproximan a los 200.000. Se ha esperado demasiado. Todo han sido *Tedeums* y celebraciones. Enfrente José I ha concentrado sus fuerzas y pronto, a primeros de noviembre, Napoleón en persona, al frente de 300.000 hombres y 60.000 caballos, integrados en 8 cuerpos de ejército, de los que uno marchó a Cataluña, una reserva de Caballería de 14.000 dragones y 6.000 cazadores, mas la Guardia Imperial con 10.000 hombres, decidirá la partida.

El 25 de septiembre se constituyó en Aranjuez la Junta Suprema y el 30 de septiembre se creaba la Junta Militar, presidida por Castaños, en la que entraban Morla, el marqués de Castelar, Bueno, González Llamas, el conde de Montijo y el marqués del Palacio,

compuesta por las personas más a propósito para proponer a aquella los planes mejores para atacar al enemigo<sup>5</sup>.

(5) A.H.N. Estado. L. 33 A-3.

(3) Historia de la Guerra de España contra Napoleón. Sección de Historia Militar del Ministerio de la Guerra. Madrid. 1818.

(4) Papeles Reservados de Fernando VII. Caja 292. Reglamentos Constitucionales para una organización del Ejército.

De todos ellos, solo Castaños, Morla, Castelar y Bueno tienen una aceptable formación militar; el marqués del Palacio ha fracasado en Cataluña, Montijo era teniente coronel de milicias por ser grande de España, como González Llamas también era coronel de milicias ascendido a teniente general por la Junta de Murcia, aunque había participado en el sitio de Gibraltar y en la Guerra del Rosellón.

Se designaron después otros dos escalones de coordinación: se nombró al Teniente General Cornell Secretario de Estado de la Guerra, de quien dependería la Junta Militar, y otro dentro de la Junta Central, por la Sección de Guerra, formada por los diputados Marqués de Campo Sagrado, Francisco Palafox, Tomás de Veri, el Príncipe Pío, Tilly y García de la Torre.

---

## V. Los nuevos planes

---

La Junta Militar dispuso reducir los ejércitos a tres: Derecha en Cataluña, Centro e Izquierda, más uno de reserva. Pero no instituyó un mando del conjunto ni se lo reservó explícitamente para sí misma. Se desmembraron los ejércitos anteriores: el del Centro mandado por Castaños se formaría con el antiguo de Castilla que mandaba Cuesta, parte de las tropas de Andalucía y las de Valencia de González Llamas. El de la Izquierda, al mando interino de Blake hasta que llegara el marqués de la Romana de Dinamarca, se compondría de las tropas de Galicia, Asturias, Cantabria, Vizcaya, la caballería del ejército de Castilla y las tropas de Dinamarca cuando llegaran. El de reserva, al mando de Palafox, se formaría con las tropas aragonesas y murcianas. Por último el de la Derecha se formaría con las tropas de Cataluña, Baleares y las de Granada, todas bajo el mando de Vives. Por entonces se esperaba reforzar al Ejército del Centro con 20.000 británicos. En total, deducido ese refuerzo, la concentración sobre el Ebro supondría unos teóricos 130.000 hombres, 6.000 jinetes y 140 piezas de campaña, porque dos divisiones andaluzas han quedado en Madrid para encuadrar nuevos voluntarios. Se ha deshecho el ejército de Bailén y falta un Jefe que coordine las acciones sobre la línea de contacto con el enemigo y que pueda decidir la intervención de la reserva. Se reproduce el error de Medina de Rioseco. El mando es el hilo conductor de la maniobra y sin él no la hay.

La Junta Militar concibió una disparatada maniobra de doble envolvimiento de los franceses, avanzando las tropas españolas al pie de las cordilleras cantábrica y pirenaica, para embolsar a José I, o a Napoleón, en la llanura alavesa. Ese plan había sido ideado anteriormente por el conde de Montijo, cuando Palafox, después de liberada Zaragoza, le había nombrado jefe de los ejércitos de Aragón y Murcia (15.000 hombres) y había avanzado hasta Tudela requiriendo a Blake para que secundara su maniobra. Es el plan de los Palafox, de José I, de Francisco y de Montijo, primo de ellos, ninguno de los cuales tenía la más mínima formación militar.

Inconcebiblemente, prescindiendo del análisis del enemigo y de las posibilidades de los medios propios, el plan se mantuvo. Es más, se reforzó, porque la Junta Central decidió enviar a algunos de sus diputados como «comisionados» suyos a los ejércitos. Envió uno a Cataluña, otro a Valencia,

un tercero a Extremadura... y una comisión, formada por Francisco Palafox, el conde de Montijo y el mariscal de campo Coupigny, al Ejército del Centro<sup>6</sup>:

las funciones de los referidos y sus representantes será activar las operaciones, observar los defectos y abusos que existan en todas las ramas, comunicándolas a la Suprema Junta para su remedio si consisten en la parte militar o corrigiéndolas por sí si están en las económicas.

No debían inmiscuirse en las operaciones militares, pero lo harían y reforzarían los planes del doble envolvimiento que presentará Palafox en su reunión con Castaños en Zaragoza el 20 de octubre. Allí se acordó que el Ejército del Centro, dejando dos divisiones en Lodosa y Calahorra, bordeara el río Aragón hasta Sangüesa, mientras la reserva, desde Las Cinco Villas donde se hallaba, cruzaría ese río y profundizaría por el Iratí hasta Roncesvalles, a la vez que Blake progresaría hasta Tolosa para cerrar la tenaza alrededor de los franceses<sup>7</sup>.

La Junta había pretendido movilizar a la población para conseguir un ejército de 400.000 infantes y 40.000 jinetes, y de esa tarea encargó a la Sección de Guerra, que debía también adquirir en el extranjero las armas necesarias, impulsar la labor de las fábricas del país y lograr el número de caballos para montar a la Caballería pretendida<sup>8</sup>. Pero un ejército no es solo una concentración de hombres: hacen falta las armas, los vestuarios, los cuadros de mando, la instrucción y disciplina de las tropas, y víveres y caudales para alimentar y pagar a las fuerzas. Los 300.000 fusiles que había en los parques de Artillería antes de comenzar la guerra habían desaparecido o estaban en manos francesas. En septiembre se pidieron 200.000 a los británicos y 600.000 más en diciembre<sup>9</sup>. Tampoco había cuadros de mando suficientes: a principio de 1808, había en España 6.489 jefes y oficiales que encuadraban a 127.969 soldados, es decir, uno por cada 19,8, que no es mucho. ¿Cómo improvisar todo? Además, cada ciudad quería organizar su propio regimiento o batallón y nunca completar las plantillas de guerra de las unidades ya existentes. Formar un ejército y ponerlo en condiciones de eficacia es una tarea lenta, no sirven las prisas del entusiasmo. Tampoco se logró ese número, como ya hemos visto. Los discursos fogosos y las órdenes draconianas iban por un lado y las tareas de reclutamiento por otro.

---

## VI. Las batallas sobre el Ebro

---

Blake en Reinosa; Bellvedere al mando del ejército de Extremadura (porque Galluzo había pedido al pasar por Madrid demasiados calzados y pagas para sus hombres) en Gamonal; Castaños entre Tudela y Logroño, y Palafox —la reserva, no lo olvidemos— al norte del Ebro, adelantado en el despliegue para llevar a cabo su insensata maniobra. Un arco de más de 200 kilómetros sin un jefe que mande el conjunto y sin posibilidades de enlace entre unos y otros. Fuerzas bisoñas contra los veteranos de las guerras del Imperio. Blake y

---

(6) A.H.N. Estado. L. 17-6.

(7) Colección del Fraile. T. 36.

(8) A.H.N. Estado. L. 1-1A.

(9) B.N. MS. 7248.

Castaños habían participado en guerras pequeñas desde empleos inferiores, Palafox y Bellvedere en ninguna. Enfrente Napoleón azuzando a sus experimentados mariscales.

No nos puede extrañar el resultado. Napoleón rompió por el centro y se revolvió contra las dos alas de la maniobra española. En El Gamonal, de los 13.000 españoles que componían ese ejército, apenas 7.000 llegaron a Madrid en su desordenada retirada; de los 40.000 hombres de que disponía Blake en Espinosa, sólo 13.390 llegaron a León; de los cerca de 45.000 desplegados entre el Ejército del Centro y el de reserva, apenas llegaron 9.000 infantes y 2.000 jinetes a Cuenca, mientras los hermanos Palafox, en una decisión desastrosa, encerraban a 30.000 hombres en Zaragoza, entre ellos a 4.000 del Ejército del Centro.

Apresuradamente se formó otro Ejército del Centro, junto a Madrid, con 20.000 hombres. Se designó a Eguía para mandarlo pero compartiendo el mando con Morla y Castelar. ¿Se puede mandar algo así? La responsabilidad compartida no es responsabilidad, un mando difuminado no es mando. Ese Ejército se estiró entre los puertos de Somosierra, La Fuenfría y Guadarrama y aún se reservaron dos divisiones para la defensa inmediata de Madrid, mientras se trataba de engañar a Moore para que viniera en apoyo de ese despliegue. Napoleón arrolló Somosierra y entró en Madrid.

¿Qué hacer? Lo sensato, lo prudente, lo habitual en Europa era rendirse. Lo habían hecho Holanda, Prusia, Austria y Rusia. Los británicos no acudieron a Madrid y se retiraron hacia La Coruña para embarcar más tarde. Ya no había ejércitos, la esperanza era loca, pero se siguió combatiendo. ¿Sabían los miembros de la Junta Central lo que había sucedido? Podían contar las tropas dispersas que quedaban, agolpar sobre ellas nuevos hombres sin instruir ni encuadrar, y seguir la guerra.

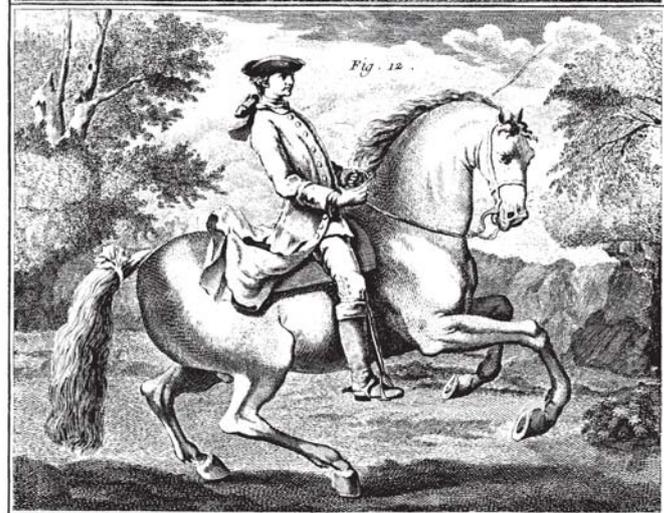
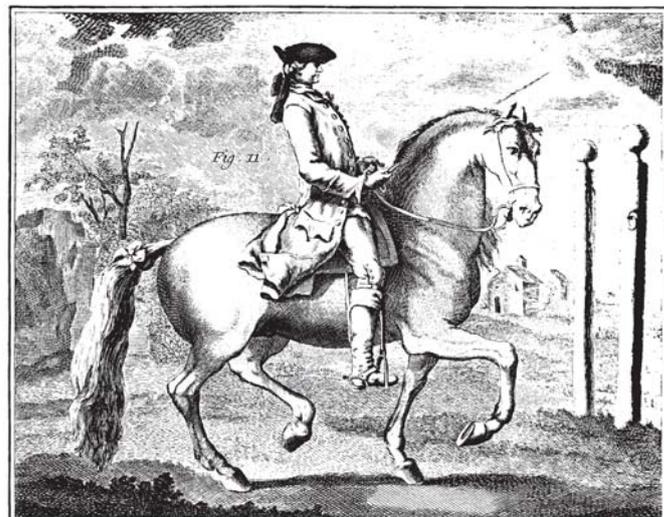
## VII. Los informes sobre las razones de la derrota

Hay un durísimo informe de Jovellanos a la Junta Central el 5 de abril de 1809, cuando a los desastres ya conocidos habían sucedido otros<sup>10</sup>. En él, de una crítica feroz de las cabezas de los ejércitos, desciende a los últimos oficiales, «infiel, cobardes, inexpertos o perezosos», para señalar más adelante:

Hay un gran abuso en el empleo de nuestras fuerzas. Sólo buscamos el número y no es el número sino la destreza y el valor quien vence. Clamamos por fusiles para armar hombres y no tratamos de instruir hombres para manejar fusiles. Millares de alistados hay por todas partes sin que haya un depósito de instrucción para ellos; como si fuera necesario que tuvieran un arma para enseñarles tanto como tienen que saber además de su manejo...

Por último señala la necesidad de la unidad de mando en los ejércitos, porque la experiencia de Tudela, Los Yébenes y Medellín le han desengañado de que los generales obren de común acuerdo.

(10) A.H.N. Estado. L.1.1.1.



Castaños también explica las razones de su derrota. El 5 de julio de 1809 informaba en el sumario incoado por el Consejo Supremo de Guerra y Marina. A lo largo de 49 apretadas páginas, explica<sup>11</sup>:

Formados estos [los Ejércitos] repentinamente, no acostumbrados a las fatigas de la guerra, con muchos cuerpos de nueva creación, escasos de jefes y oficiales veteranos, sin socorros, mal mantenidos y faltos de inmediato de todas clases... sobre todo la separación de los tres ejércitos, de la Izquierda, el Centro y la Derecha, mandados por generales de igual autoridad, cada uno en el suyo, faltando una cabeza que dirigiese las operaciones de los tres a un mismo sistema de guerra...

Y termina:

Faltó la nuestra para haber adelantado e incorporado en el Ejército del Centro con la celeridad que convenía las dos divisiones, Primera y Tercera de Andalucía, paralizadas en Madrid, el ejército de Extremadura y el auxiliar de los británicos.

En cuanto a la inexistencia de un general en jefe que ejerciera el mando conjunto de las tropas españolas —lo que no excluye que respondiera ante el poder po-

(11) Colección del Fraile. T. 36. Pags 178 y sig.

lítico—, el 2 de octubre de 1808 informaba Lord Bentnik a Castlereagh<sup>12</sup>:

El Gobierno español ha llegado a la extraña solución de designar mandos separados e independientes unos de otros; Vd. observará, comparando estos efectivos con los de la divisiones del ejército francés, que cada una de ellas es inferior a las fuerzas francesas concentradas a su frente y que, en consecuencia, es totalmente necesario colocar en una sola persona las posibilidades de unir y combinar esos cuerpos, de acuerdo con los movimientos del enemigo, como factor indispensable para la salvación del conjunto. Yo veo el peligro tan claro, del cual el general Castaños es también consciente, que considero mi deber presentar esta opinión a Floridablanca.

Se sabían, pues, las razones más poderosas de la derrota. ¿Por qué esa resistencia al establecimiento de un mando único? ¿Se temía el afloramiento de un bonapartismo en España que sojuzgara al poder político? De Cuesta, tras el encarcelamiento de Valdés, se podía recelar todo, pero no había ninguna razón para temerlo de Castaños. Un ejército sin mando no es un ejército, eso lo sabían hombres tan sensatos como Jovellanos. ¿Por qué prevalecieron las ideas del clan de los Palafox? Morla era, sin duda, la mejor cabeza del Ejército, se le infrutilizó y después se pasó al bando josefino.



(12) *Letters from Portugal and Spain*. Adam Neal. London 1809. Appendix XX, pág. 59.

## VIII. Entre la pérdida de Madrid y la batalla de Talavera

La Junta Central ha abandonado Aranjuez y se ha establecido en Sevilla. Se ha perdido Galicia y todo el territorio al norte del Tajo. Resisten Asturias y Cataluña, aunque se hayan perdido las batallas de Molins del Rey y Vals. Zaragoza caerá en manos francesas porque no hay un ejército que pueda correr en su socorro. Los españoles han sido derrotados en Uclés, Ciudad Real y Medellín. Mientras, los británicos han fortalecido su posición en Portugal.

Pero la guerra ha de continuar. Los ejércitos padecen una enorme y continua pérdida de efectivos, consecuencia de los desastres en los campos de batalla, de las capitulaciones de las ciudades sitiadas y de las deserciones. Los aproximadamente 200.000 hombres que se enfrentaron a los franceses sobre el Ebro se pudieron reducir a la mitad. Por eso la Junta Suprema vuelve a los planes de movilización. El 7 de noviembre de 1808 regresa al objetivo de 350.000 infantes y 50.000 jinetes y desde esa fecha, hasta abril, no cesan las órdenes y las reprimendas a juntas provinciales y ayuntamientos exigiendo el cumplimiento de las órdenes de movilización<sup>13</sup>, lo que indica la resistencia popular a esa movilización que la lectura de los discursos y los sermones nos hace ver entusiasta.

La verdad es que la Junta traza los planes con entusiasmo, pero no sabe qué resulta de ellos, y así, el 22 de diciembre de 1809, después de la desastrosa batalla de Ocaña, a la que me referiré más abajo, la Sección Militar informará a la Junta de que no conoce con exactitud con cuántos hombres ha contribuido cada provincia y que es imposible incluir en esos planes a las provincias que no estén libres de la ocupación enemiga, ni a Cataluña ni a Baleares. En consecuencia, la Junta volvería a hacer un nuevo reparto de 100.394 quintos entre los 10 reinos o provincias que quedaban libres<sup>14</sup>.

Pero seguimos igual ¿Quién mandaba el conjunto del ejército? El inspector general de Caballería, Ramón de Villalba, resumía en 1820 sus pensamientos<sup>15</sup>. Después de referirse al amor a la patria como motor del levantamiento, sigue:

La falta de un sistema uniforme de los ejércitos y de rígida subordinación malograron tan preciosos esfuerzos: con menos sacrificios y mejor dirección se habría antes triunfado... las grandes masas sólo sirven de confusión y de cebo al enemigo cuando carecen de organización y severa disciplina... la falta de un cuerpo directorio de la guerra, encargado privativamente de la formación de planes y combinaciones que requieren las operaciones militares... siendo admirable que después de varias campañas ignorásemos cual era el centro de donde partían nuestras operaciones militares, quien o quienes los encargados de tan esencialísimo ramo, y por consiguiente los culpables ante la nación de tan funestos resultados.

(13) A.H.N. Estado L. 46 y Colección del Frailé. T. 789.

(14) A.H.N. Estado. L. 33-A-70 y 64 A-33.

(15) *Reflexiones Militares sobre la Organización del Ejército*. Madrid 1820. Imprenta Repullés.

En marzo, la Junta dirigió un escrito a Cornell, secretario de estado de la Guerra, en el que le decía<sup>16</sup>:

Sin un plan general y concertado de las operaciones... no podrán dirigirse con acierto.

Acaba asignando esa misión a la Junta Militar. Pero la contestación de la Junta es defraudante<sup>17</sup>: después de citar hasta 9 ejércitos distintos distribuidos por toda España, no traza ningún plan de operaciones. Destaca que al del Centro le encomienda la cobertura de Andalucía, la protección de La Mancha y el apoyo a Extremadura, y añade:

Debe aprovechar cualquier ocasión para derrotar al enemigo, pero sin correr riesgos.

El único plan fue enviar a Blake a la misión imposible de romper el sitio de Zaragoza y auxiliar a Gerona, como se intentó o se soñó, y que los británicos desembarcaran en Los Alfaques con el mismo motivo<sup>18</sup>.

---

## IX. La defensa de Zaragoza y demás plazas fuertes

---

Son defensas heroicas, en las que la población civil tomó parte activa rivalizando con las tropas, pero desde un punto de vista de la utilidad militar de las mismas, deben estimarse como nulas. Un cómputo de las bajas sufridas en esas defensas, que figura como anexo, las eleva a 106.270, muy por encima de las 80.000 que se sufrieron en las principales batallas, y eso sin contar las bajas sufridas entre la población civil. Las bajas por el fuego enemigo, las causadas por enfermedades contagiosas, el hambre debido a la escasez de víveres... todo unido, componen una estampa de tragedia agravada por la concentración de fugitivos que buscaban su seguridad tras sus murallas.

En los planteamientos defensivos de la época, las plazas fuertes cumplían un papel retardador de la progresión enemiga. Situadas junto a la frontera (Jaca, Pamplona, San Sebastián, Figueras), su resistencia permitía ganar el tiempo necesario para la concentración de medios que se opusieran a la penetración enemiga. Pero la artillería había mejorado en sus calibres y capacidad de penetración, y el alcance y potencia de sus fuegos se había incrementado. Los fuegos convergentes de los atacantes tenían siempre ventaja sobre los divergentes de los defensores; además, los atacantes podían en cualquier momento incrementar sus medios, mientras los defensores disminuían los suyos progresivamente.

Todas las plazas sitiadas, Gerona, Zaragoza, Lérida, Ciudad Rodrigo..., fiaban el éxito de su defensa a que un ejército exterior atacara a sus enemigos y rompiera el cerco. Ciudad Rodrigo cumplió el papel clásico retardador de la progresión enemiga, concediendo a Wellington el tiempo necesario para preparar la batalla de Busaco. Las demás fueron un estímulo y un ejemplo para el heroísmo general, pero esa utilidad moral, indiscutible, no guardó nunca proporción con su rendimiento frente al enemigo.

---

(16) A.H.N. Estado. L.33 N. 36.

(17) A.H.N. Estado. L. 33 A. 45.

(18) A.H.N. Estadol. L. 38 A 17-35.

Es cierto que muchos de los prisioneros escaparon mientras marchaban conducidos a Francia, y que muchos de los desertores de los ejércitos se unieron a las guerrillas o volvieron a sus unidades de origen, pero de todas formas las bajas fueron muy altas y su cuantificación exacta imposible.

---

## X. Talavera

---

En mayo de 1809, los británicos expulsaron a los franceses del norte de Portugal; entonces Wellington consideró posible su cooperación con España. El 22 escribió una carta a Cuesta, jefe del ejército de Extremadura ya recuperado del desastre de Medellín, a la vez que le anunciaba el envío de dos oficiales de su confianza para decidir un plan de operaciones conjunto. No entraré en los pormenores de aquella campaña.

Ninguno de los dos generales se distinguía por su flexibilidad. El 13 de julio, reunidos en Almaraz, el español se negó a hablar en francés, idioma que dominaban ambos, y hubo necesidad de acudir a O'Donjou como intérprete. De acuerdo en marchar contra Victor, los británicos querían que los españoles cubrieran el flanco Norte del avance y los españoles que lo hicieran los británicos, llegándose al final al compromiso de un destacamento mixto. Cuando el 23 Wellington quiso atacar a Victor, ya unido a Sebastián y José I, Cuesta no lo estimó oportuno, y cuando el 24 lo quiso hacer Cuesta fueron los británicos los que se negaron.

La batalla, que tuvo lugar el 28 de julio de 1809, fue una batalla defensiva de los británicos, mientras que los españoles sólo tuvieron una participación efectiva el segundo día, prolongando el ala izquierda británica. Mientras, Venegas, al mando del Ejército del Centro situado frente a Toledo, teóricamente subordinado a Cuesta y protegido por órdenes de prudencia de la Junta, no hizo el más mínimo intento de amenazar el flanco Sur del despliegue francés; lo haría a destiempo para ser derrotado en Almonacid.

El desarrollo de la campaña de Talavera, pese a la victoria, agrió las relaciones con Gran Bretaña. Nada más acabar la batalla, cuando Soult y Ney bajaban de Galicia siguiendo la Ruta de la Plata para cortar el repliegue británico a Portugal, los británicos se retiraron de Talavera dejando sus heridos a la protección de los españoles. Son los británicos los primeros que abandonan a sus heridos, pero cuando se retiran los españoles son los británicos los que acusan a aquellos de su abandono.

También está el problema de los suministros. Extremadura tenía 428.493 habitantes y ya había formado tres ejércitos: el que sucumbió en Gamonal, el derrotado en Medellín y el nuevo de Talavera. Antes había entrado Victor con 15.000 hombres y ahora debían alimentar a los 55.000 del ejército aliado. No podía, carecía de recursos. Wellington consideraba que el país debía proporcionar los víveres y los medios de transporte necesarios, pero ninguno de los dos ejércitos disponía de medios logísticos de apoyo y ambos pretendían obtenerlos de un territorio esquilmo por la guerra. Hay una extensísima y agria correspondencia entre la Junta, Wellington y el embajador

británico<sup>19</sup> y esa polémica desbarató el primer intento de la Junta por constituir un mando único de los ejércitos. el 30 de enero de 1809, había informado Wellington al gobierno británico de que si éste lo estimara necesario se pondrían todas las tropas españolas a las órdenes de un general británico<sup>20</sup> y el mismo Wellington se dirigió a su embajador el 10 de junio del mismo año<sup>21</sup>:

Estoy muy halagado por las ideas mantenidas por algunas autoridades de Sevilla de asignarme el mando del ejército español.

Todos estos intentos de mando único fueron, pues, anteriores a la batalla de Talavera. En cuanto a las quejas por el apoyo logístico de los británicos, hay que señalar que Cuesta se queja en los mismos términos y basta ver su «Manifiesto a la Europa»<sup>22</sup> para ver repetidas las de Wellington, también recogidas en el manuscrito citado anteriormente, situación que la Junta Central fue incapaz de resolver, pese a enviar a Extremadura a uno de sus miembros y procesar a su Intendente.

---

## XI. Ocaña

---

La campaña de Talavera arrancaba de la idea de un enemigo debilitado por la marcha de Napoleón al frente de sus tropas contra Austria. Pero no fue así: el 6 de junio de 1809 Napoleón derrotó en Wagram al archiduque Carlos y seis días más tarde firmaban al armisticio de Zúñiga que ponía fin a la guerra entre los dos emperadores. La batalla de Talavera había tenido lugar el 27 de junio, cuando la situación general era ya desfavorable a los españoles.

La Junta Suprema tiene prisa. Espera adelantarse a la llegada de nuevos refuerzos franceses; piensa liberar Madrid y hasta designa a quienes gobernarán la ciudad, señalando a Ibañeta como regidor y a Riquelme y Jovellanos para acordar las medidas a adoptar en ella una vez liberada.

La Junta, desengañada del apoyo británico, ideó un plan de maniobra: El Ejército del Centro, con 40.000 hombres, atacaría en dirección Sur-Norte, mientras el de Extremadura, con 12.000, amagaría por el corredor del Tajo y el de la Izquierda fijaría al enemigo en León. Los británicos estaban inmersos en sus planes sobre la isla de Walcharen en las bocas del Escalda y en un desembarco en Nápoles. En cuanto a Wellington, viajó a Sevilla a principios de Noviembre y trató de disuadir a la Junta de la maniobra proyectada en razón de la distancia que separaba a las dos masas de maniobra. Pese a esta actitud se intentó la cooperación portuguesa a través del embajador español en Lisboa, pero también fracasó, porque Beresford estaba subordinado a Wellington<sup>23</sup>.

Eguía fue cesado del mando del Ejército del Centro por timorato y sustituido por Areizaga, ascendido a general

---

(19) B.N. MS. 7248.

(20) Idem, pág. 446.

(21) Esdaile. C., *The Duke of Wellington and the Spanish Army*, pág. 34.

(22) Palma de Mallorca. 1811.

(23) B.N. MS. 7248-519.

por Blake en 1809 —ambos habían participado juntos en las batallas de María y Alcañiz—. Todos coinciden en el valor y en la poca capacidad intelectual de Areizaga. El 23 de octubre tomó el mando de ese ejército, el mayor organizado en España desde los tiempos de la batalla de Tudela. Se componía de una vanguardia y siete divisiones de infantería, con un total de 51.800 hombres; de una importante masa de caballería compuesta de 5.766 jinetes, además de 1.500 artilleros al servicio de 60 piezas y unos 600 zapadores. En total cerca de 60.000 hombres. De esas tropas, casi la mitad eran batallones formados por veteranos, complementados con otros de reciente creación en Andalucía, someramente instruidos y escasamente disciplinados. Las tropas habían sido armadas y uniformadas gracias a los envíos británicos, pero, en carta del Coronel Roche, oficial de enlace británico, a Wellington<sup>24</sup>, se aseguraba que la moral de las tropas no era buena y que las posibilidades de victoria eran mínimas, juicio adverso con el que coincidía el barón de Crossard, general francés al servicio de Austria que se encontraba en el cuartel general de ese ejército<sup>25</sup>.

No quiero extenderme en el desarrollo de la batalla. Areizaga avanzó con celeridad desde Sierra Morena a Aranjuez; de allí marchó hacia el Este para cruzar el Tajo por Villamanrique y después volverse hacia el Oeste y situarse en Ocaña donde, pese a su superioridad numérica (50.000 españoles contra 32.000 franceses) fue severamente derrotado, dejando 14.000 prisioneros y 5.000 muertos y heridos sobre el campo de batalla. Cuando los restos de aquel ejército llegaron a Sierra Morena, apenas alcanzaban 21.000 infantes y 3.000 jinetes. Los franceses habían tenido 3.000 bajas. Se había abierto el camino a Andalucía que los franceses ocuparon con escasa resistencia. La Junta se refugió en Cádiz y abrió paso a la Regencia y a las Cortes.

Después de Ocaña, hubo otro intento de nombrar a Wellington general jefe de los ejércitos españoles. En carta del mismo a Lord Liverpool, de fecha 2 de febrero de 1811, le informa de algunos intentos de las autoridades españolas para ese nombramiento, del que ha tenido conocimiento a través de su hermano el embajador británico en Cádiz. Pero el general británico, además de condicionar su aceptación al criterio de su gobierno, es escéptico sobre las ventajas de tal nombramiento, por la falta de pagas, vestuario, alimentación y disciplina de las tropas españolas. También estima que la causa aliada se hubiera salvado si esa decisión se hubiera adoptado año y medio antes, incluso si la batalla de Ocaña no se hubiera reñido en noviembre de 1809<sup>26</sup>.

---

## XII. De Ocaña a la pérdida de Valencia

---

España ha vuelto a perder la guerra. Lo racional era rendirse. En poder de los españoles quedaba Cádiz, Murcia, Alicante, Valencia, Badajoz, Galicia, una disputada cornisa cantábrica y una Cataluña cada vez más reducida, además de los archipiélagos. Han desaparecido ejércitos enteros

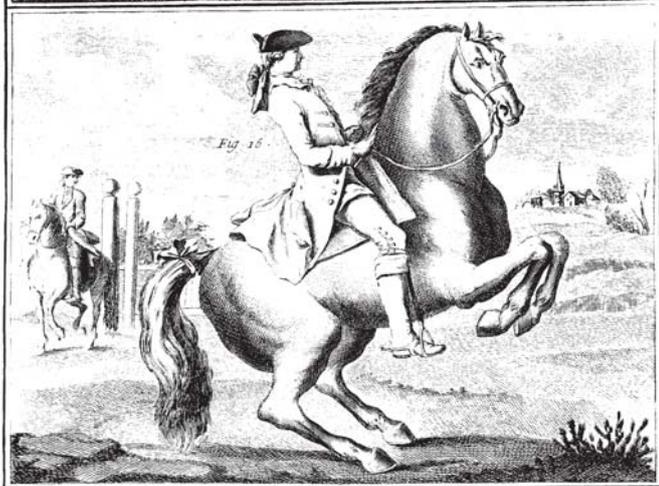
---

(24) Oman.C., *A History of the Peninsular War*. T.III, pág. 84.

(25) Louis Baron de Crossard, *Memoires Militaires et Historiques*. Paris. 1929.

(26) *Wellington Dispatches*. T. IV, pág. 544. *Apud* Santacara. *C. La Guerra de Independencia vista por los Británicos*. Madrid, 2005.

conducidos cada vez por un general. ¿se conocían los males de nuestros ejércitos? El *Semanario Militar y Patriótico del Ejército de la Izquierda*, publicado en Badajoz, se refiere a «la manía de dar batallas» como causa principal. Su redacción puede estar influida por el marqués de la Romana, general de ese ejército, que nunca lo arriesgó reunido en una batalla total, aunque sus divisiones combatieron sin cesar a los franceses. Nos come la prisa, la necesidad de liberar territorios, de socorrer ciudades sitiadas. Se organizan ejércitos como se hacen churros, improvisando, repitiendo siempre los mismos errores que denunciara Jovellanos y que ahora repite Camposagrado<sup>27</sup>. También están los informes del barón de Crossard, a quien me he referido más arriba, y los informes de los embajadores británicos perdidos entre la verborrea de tanto diputado.



Los franceses dicen que los españoles no son serios: cuando Junot fue derrotado en Vimeiro se rindió, e igual hizo Dupont en Bailén; o los austriacos y prusianos en múltiples ocasiones. En cambio los españoles huyen, salen corriendo, a veces abandonando sus armas para correr mejor, pero se agrupan un poco más allá y sus enemigos tienen que empezar de nuevo. Marbot en sus memorias les compara con bandadas de palomas que levantan el vuelo al primer disparo para reunirse más allá y obligar así al cazador a seguir siempre caminando. La tenacidad, o la voluntad de vencer inexplicablemente nunca rota.

(27) A. Estado. L. 4-A 101-105.

Además están los guerrilleros. Los franceses no pueden dispersarse para combatirles porque siempre subsiste la amenaza de un renacido ejército español; ni pueden concentrarse del todo porque entonces perderían el control del territorio conquistado. No tienen retaguardia ni más control que sobre el suelo que pisan.

Y los británicos. Entrará Massena, pero dejará gran parte de su ejército para cubrir su retaguardia y proteger sus líneas logísticas, mientras los otros mariscales franceses no podrán distraer parte de sus tropas para apoyarle. Massena acabará detenido ante Torres Vedras, que los británicos llevaban más de un año preparando. Vencerán en La Albuera con apoyo español, después de la derrota española de Gevora y la pérdida de Badajoz y Ciudad Rodrigo.

Valencia fue el último gran esfuerzo español. Hasta allí marcharon las mejores tropas del momento conducidas por Blake. Un general culto, sabio en sus disposiciones antes de la batalla, pero irresoluto tan pronto empezara ésta. Derrotado ante Sagunto, se acoge al campo atrincherado construido alrededor de Valencia para descubrir tarde que no tiene fuerzas suficientes para guarnecerlo. Valencia sucumbe y un Ejército entero (18.000 hombres) cae prisionero de los franceses. Antes se habían perdido Lérida y Tarragona.

### XIII. El año mil ochocientos doce

Sobreviene después la derrota de Napoleón en Rusia y la llamada angustiada de sus tropas en España. 43.000 infantes y 4.955 jinetes cruzaron la frontera hacia un azaroso destino. ¿Qué queda del ejército español? En Levante unos pocos miles de hombres repartidos entre Murcia y Alicante; en Cataluña un I Ejército cada vez más menguado; en Cádiz el IV al que se le desgajó el «Cuerpo Expedicionario» que se perdió en Valencia; el V de Castaños en Extremadura; en Galicia el VI y las guerrillas de la cordillera cantábrica integradas en el VII. En total apenas 117.000 hombres<sup>28</sup> repartidos por todo el perímetro peninsular. Quedan los guerrilleros, pero posiblemente nunca sabremos con exactitud cuántos fueron, aunque Arceche los haga subir hasta 30.000 hombres.

El 17 de enero de ese año, Canga Argüelles dirigió una patética «memoria» a la Regencia sobre el lamentable estado de los ejércitos españoles en materia de suministros<sup>29</sup>. La situación es tan catastrófica que no duda en recomendar la reducción de las tropas a sólo un tercio de las entonces existentes. Apostilla «que estamos en el caso de pensar en establecer un sistema de operaciones militares y políticas acomodadas a nuestra situación, porque de lo contrario caminamos aceleradamente a nuestra ruina». No se podían formar tantos ejércitos, ni encuadrar tantos soldados si no se les podía vestir, armar, alimentar y pagar. Se conocían los males de nuestros ejércitos, se debatían en las cortes, lo denunciaban los secretarios de estado de la Guerra, pero se seguía, como hasta entonces, empujando a éstos a los combates y las batallas.

(28) Colección del Fraile. T. 133.

(29) *Observaciones a la Guerra de España*. Londres 1829. Tomo I, pág. 226.

Wellington, mientras tanto, creó su propio sistema de transporte, escarmentado de las carencias de Talavera. Decidió pasar a la ofensiva. Asaltó Ciudad Rodrigo el 19 de enero y Badajoz el 7 de abril.

La Regencia había creado el «Estado Mayor General», pero no subsanó los males anteriores. Por otro lado, se inició un sistema de coordinación de operaciones en Cádiz creando una Junta, integrada por Wimpffen (2º jefe del Estado Mayor General), O'Donoghue y el general Cooke del ejército británico<sup>30</sup>. Aunque Wellington, en carta a Lord Liverpool del 12 de marzo se mostrara receloso, cree

que ahora no existe tal ejército español y las consecuencias de entrar en tal convención sería que yo me ataría a mí mismo.<sup>31</sup>

Wellington tiene la iniciativa. Destruye el puente de Almaraz que enlaza a los ejércitos franceses de Portugal y Mediodía y se lanza sobre el primero de ellos que derrota en Arapiles el 22 de julio, mientras la acción de los guerrilleros neutraliza al ejército francés del norte de España impidiendo a Caffarelli el apoyo a Marmont, y el 12 de agosto entra en Madrid, abandonado por José I y precedido por los guerrilleros Empeinado y Palarea.

El esfuerzo principal es británico; los ejércitos españoles asumen un papel auxiliar de aquellos, importante en cuanto fijan las reservas enemigas, protegen sus flancos y continúan con una resistencia generalizada que, descontada la desgracia de Castalla, reviste la forma de guerra pequeña, a la que se unen las partidas de guerrilleros ya regularizadas. Afortunadamente, «la manía de dar batallas» sin disponer de los medios necesarios parece haber desaparecido, lo que proporciona a las tropas españolas la posibilidad de organizarse, instruirse y disciplinarse, para afrontar retos más importantes en las siguientes fases.

Wellington, desde Madrid, marchó contra Burgos y los franceses evacuaron Andalucía para reunirse con José I y Suchet en Valencia.

#### *El mando de Wellington sobre los ejércitos españoles*

Ya hemos visto los intentos españoles de que se designara a Wellington para el mando de nuestros ejércitos en junio de 1809 y febrero de 1811. Al final cristalizarían, no sin oposición popular y militar, que encabezaría Ballesteros. El 22 de septiembre, las Cortes españolas publicaron el decreto designando a Wellington generalísimo de los ejércitos españoles<sup>32</sup>. El decreto comenzaba así:

Siendo indispensable para la más pronta y segura destrucción del enemigo común, que haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un solo general mande en jefe todas las tropas españolas...

El mismo artículo limitaba las competencias del nuevo generalísimo a lo estrictamente militar, restándole las prerrogativas civiles que siempre habían ejercido en España los capitanes generales.

Pero las ideas del general británico, puede que justificadas, son extremadamente duras. En carta a su hermano Henry, entonces embajador británico en Cádiz<sup>33</sup>, se queja de los nombramientos de los generales hechos por la Regencia, de la inactividad española, de la ineficacia de las autoridades y de la actividad de las guerrillas, dedicadas a su propio provecho. Para él, los oficiales son ignorantes y las tropas indisciplinadas. En carta posterior a Castlereagh<sup>34</sup>, alude a que el conocimiento de la propia incompetencia en la conducción de la guerra es lo que llevó a las Cortes españolas a superar los prejuicios existentes para designarle.

Había esos prejuicios en una alianza llamada por Esdaile «The Unhappy Alliance». Estaba el ejemplo de Gibraltar y los intentos británicos de guarnecer Cádiz, Ceuta, Menorca y Alicante; estaban las consecuencias de los asaltos de Badajoz y Ciudad Rodrigo con la retirada de Moore en Galicia; estaba el papel semi-colonial asignado al ejército portugués y el sentimiento de abandono cuando la batalla de Ocaña. Posiblemente no tenían más remedio que marchar unidos pero a ninguno le gustaba.

Wellington impuso sus condiciones: se convirtió en el conducto regular entre el ejército y el gobierno español, para lo que constituía un destacamento del Estado Mayor General español en su cuartel general bajo el mando de Wimpffen, a la vez que controlaría el gasto militar de las tropas españolas.

Al tiempo que se produjo su nombramiento, los británicos se retiraron a Portugal. Allí Wellington preparó su ejército, formado por 80.000 hombres, al que decidió mantener unido. Contaba con el apoyo del VI Ejército, que mandaba Castaños, con 18.000 hombres desplegados entre Extremadura y Galicia.

#### *La reorganización del Ejército español*

Primero un nuevo reclutamiento. No se habían cubierto los cupos de noviembre de 1808 ni de diciembre de 1810; así, el 20 de septiembre de 1812 se ordenó la recluta de 14.000 hombres. En segundo lugar se adoptó la medida de reducir el número de unidades del ejército, fusionando los dos batallones de cada regimiento en uno solo<sup>35</sup>. Durante la guerra se habían formado 296 nuevos batallones, que sumados a los 142 existentes en 1808, nos darían 438. Muchas de esas unidades desaparecieron, pero en 1814 el ejército español solo contaba con 144 de ellos. En los libros copiadores de órdenes del Estado Mayor español destacado en Fresneda junto a Wellington<sup>36</sup>, se recoge la nueva organización territorial de los ejércitos:

El Primero, al mando de Copons, constituye la Capitanía General de Cataluña y la parte de Aragón al norte del Ebro. El Segundo, mandado por Elio, comprende las capitanías generales de Valencia, Murcia, Castilla la Nueva y la parte de Aragón al sur del Ebro.

El Tercero, al mando del duque del Parque, comprende las capitanías generales de Granada y Jaén.

El Cuarto, con Castaños, corresponde a las capitanías generales de Extremadura, Castilla la Vieja, León, Asturias y toda la cornisa cantábrica.

(33) Arceche. Obra citada. T. XII, pág. 232.

(34) Esdaile. C. *The Peninsular War*, pág. 50.

(35) S.H.M. Colección Duque de Bailén. L. 65. Carp. IV.

(36) S.H.M. Colección Duque de Bailén.

El Quinto, reserva de Andalucía, corresponde a las capitanías de Cádiz, Sevilla y Córdoba.

La asignación de territorio a cada ejército es importante, porque los intendentes civiles de esas demarcaciones, por orden de 15 de febrero, deberán entregar los 9/10 de todos sus ingresos a los intendentes militares de su correspondiente ejército.

Los copiadore de órdenes citados recogen otros muchos datos: quejas de la instrucción y disciplina; órdenes para reforzar a la división anglo-española de Whittingham y a Cataluña desde Galicia; se establece el sistema de correos entre el cuartel general aliado y los distintos ejércitos, se insiste en la necesidad de la instrucción y la disciplina; se ordena la remisión quincenal por los ejércitos de los «estados de fuerza»... pero no se presentan datos de la maniobra general proyectada. No obstante, un breve opúsculo<sup>37</sup> los consigna:

El I Ejército no salió de Cataluña.

El II, desde Consuegra, volvió al Reino de Valencia y allí se mantuvo.

El III pasó de Andalucía a Valencia en mayo de 1813; en julio marchó a Cataluña y posteriormente, por Aragón, Navarra y el País Vasco, se unió a las tropas de Wellington.

El IV, haciendo operar aisladamente a algunas de sus divisiones, marchó hacia Francia unido a los anglo-lusitanos.

El de reserva de Andalucía salió de ella en junio de 1813 y, por Extremadura, se unió en Navarra con las tropas de Wellington.

El hispano-anglo-siciliano, de Alicante pasó a Cataluña en abril de 1814, marchando los anglo-sicilianos a reunirse con Wellington, mientras la división española de Roche permaneció en Cataluña.

La ofensiva de Wellington comenzó el 20 de mayo de 1813, avanzando desde Portugal a Vitoria, siempre amenazando desbordar el ala derecha del despliegue francés. Los españoles tuvieron dos actuaciones distintas: las guerrillas de Porlier y Longa constituían la avanzadilla desbordante del despliegue francés, mientras que las divisiones gallegas de Bárcena y Losada, con las extremeñas de Girón, Morillo y España, constituyeron una reserva en manos de Wellington, reserva casi carente de municiones. A la vez las guerrillas regularizadas de Mendizábal fijaban a las tropas de Clausel impidiéndole el apoyo a José I.

En la batalla de Vitoria (21 de mayo), la División española de Morillo ocupaba el extremo derecho del despliegue aliado, mientras la de Longa ocupaba el extremo izquierdo. Los británicos sufrieron 509 muertos y 2.941 heridos; los portugueses 242 muertos y 636 heridos, mientras que los españoles tuvieron 89 muertos y 463 heridos, lo que da una idea del discreto papel jugado por estas últimas tropas.

Después, al llegar a la frontera francesa, Wellington se detuvo. Una carta suya a Lord Barhurst de 8 de agosto<sup>38</sup> lo explica en función del desgaste sufrido. Después, el relevo de Castaños por Freire, decidido por la Regencia sin contar con el generalísimo británico, estuvo a punto de hacer naufragar el mando supremo (la verdad es que Castaños se había quedado en Salamanca, y que era su sobrino Girón quien realmente mandaba).

(37) Movimientos y Principales acciones de los Ejércitos Beligerantes en España. Sección de Historia Militar. Barcelona, 1822.

(38) Esdaile. C. *The Peninsular War*, pág. 456.

Wellington, con sus anglo-portugueses, puso sitio a San Sebastián, mientras tropas españolas, carentes de artillería de sitio, bloqueaban Pamplona. La frontera, de Roncesvalles al Bidasoa, quedaba cubierta por unidades españolas e británicas entremezcladas. El 9 de julio, Wellington dictó una orden general que Wimpffen transmitió a las unidades españolas<sup>39</sup>; en ella, el general británico establecía la idea de que la guerra contra Napoleón no era la guerra contra Francia y prevenía a las tropas españolas de la necesidad de evitar la venganza por los desmanes cometidos en su territorio. El 31 de agosto, los británicos asaltaron San Sebastián, cometiendo los mismos excesos que en Badajoz y Ciudad Rodrigo. En ese mismo día tuvo lugar la batalla de San Marcial con victoria para las armas españolas. El 31 de octubre capituló Pamplona.

El 7 de octubre, Wellington decidió cruzar la frontera e internarse en Francia. El 21 escribió a lord Barhurst<sup>40</sup>:

Yo me desespero con los españoles. Están en un estado tan miserable que es difícil esperar que se contengan en sus deseos de saquear el hermoso país en que entran como conquistadores, particularmente recordando la miseria a que fue reducido el suyo por los invasores. Yo no puedo, por consiguiente, aventurarme a llevarlos conmigo a Francia. Sin pagas ni suministros ellos deben saquear, y si ellos saquean nos arruinarán a todos.

Cuando entraron los británicos en Francia, apenas dos cortas divisiones españolas le acompañaron; el resto se acuarteló en la frontera, mientras se ocupaban las plazas mantenidas hasta entonces en Cataluña y Aragón. El 22 de julio de 1814, Wellington dictaba su última orden general a Wimpffen para su difusión entre las tropas españolas<sup>41</sup>:

Las tropas españolas han vuelto a su territorio y la paz se ha firmado. Con este motivo ruego a VS. les haga conocer su reconocimiento a los auxilios y socorros que le han prestado en toda ocasión, a la vez que expresa su gratitud y su satisfacción por la conducta de jefes, oficiales y soldados, de su celo, bizarría, disciplina y honroso sufrimiento en las fatigas de la guerra.

---

## XIV. Consideración final

---

Al ejército regular español le correspondió el peor papel de aquella guerra, lo que no quiere decir que no fuera importante. La comenzó desorganizado, disperso y disminuido, sin órganos de mando definidos y sin una trabazón orgánica de sus unidades que hiciera posible la acción de conjunto. Enfrente tenía al mejor ejército del momento, trabado por una perfecta organización del mando, con una visión estratégica del conjunto, sabiendo qué hacer, rico en medios de combate, con cuadros experimentados en el mando de operaciones de guerra y suficientemente dotado por lo que a logística se refiere, aunque en este último aspecto fuera deteriorándose de modo progresivo.

Los mandos del ejército español tenían la preparación habitual en los otros países europeos. Oficiales viejos

(39) Libro copiadore de órdenes.

(40) Esdaile. Obra citada, pág. 479.

(41) Libro copiadore de órdenes.

procedentes de tropa y jóvenes generales aristócratas. Carecían de experiencia en la conducción y maniobras de grandes masas de hombres. Los menos habían participado en la Guerra del Rosellón, expediciones de Gálvez o Argel, defensas de Orán y Ceuta o en los sitios de Gibraltar. El contraste con sus oponentes, acostumbrados a la maniobra de grandes masas de hombres en las batallas napoleónicas, era evidente. No hubo caudillos brillantes que descollaran en la conducción de las batallas; fueron mediocres en su mayoría e incapaces de someterse los unos a los otros. También es verdad que sobre ellos tenían un poder político celoso de la aparición de un caudillo que encabezara una reacción al estilo del bonapartismo en Francia, como también es verdad que la celosa dirección civil, no ya de la guerra, sino hasta del ritmo de las batallas, y las prisas por lograr la liberación o defensa del territorio, les forzó muchas veces a combatir en las peores condiciones: su libertad de acción estuvo siempre muy limitada.

No fueron capaces de organizar, instruir, disciplinar, alimentar, vestir y armar a sus hombres. Unas veces por falta de tiempo y otras por falta de medios, se empeñaron en batallas sin la preparación adecuada.

Perdieron casi todas las batallas, pero siguieron peleando. A lo largo de las páginas anteriores he señalado varias veces que España había perdido la guerra. La perdió tras la serie de batallas sobre el Ebro; la volvió a perder en Ocaña y quedó ya sin remedio tras la rendición de Blake en Valencia. ¿Cómo pensar de otra manera basándonos en datos objetivos? Pero, si fueron derrotados con demasiada frecuencia, nunca se sintieron vencidos, ni perdieron la voluntad de vencer. Reducida España a Galicia, Cádiz, Alicante, Murcia y algún que otro rincón, tuvo la entereza de seguir combatiendo sin importarle reveses ni sufrimientos. En la dirección civil de la guerra sobró lírica y faltó método y realismo, pero bien es verdad que los realismos hubieran llevado a la rendición incondicional. Felices sueños que hicieron posible la victoria.

Los ejércitos no son sólo las masas de hombres que se llevan a filas; en los ejércitos regulares españoles pesó la improvisación y la estampa de Valmy, la de las masas de soldados improvisados venciendo en el campo de batalla. Bien es verdad que el panorama de Austria, Prusia o Rusia, ésta antes de 1812, con ejércitos más organizados que los nuestros, fue peor: vencidos en cortas campañas, se rindieron incondicionalmente una y otra vez. Los españoles siguieron combatiendo tras las derrotas; siguieron con todas sus miserias e imperfecciones, pero siguieron.

Se ha recogido en cuadros anexos las bajas sufridas por el ejército español en las principales batallas y sitios. La cifra es dolorosamente alta; es como si del ejército que comenzó la guerra no quedara nada al finalizarla, porque empezó con 130.000 hombres y debió de rebasar las 250.000 bajas (distinguir entre heridos y muertos en aquellos tiempos, en el estado en que se encontraba la medicina, es imposible). Recordemos que la población española era de 11.000.000 de habitantes, de los que la mitad serían mujeres. Ese elevado número de bajas forzaría la improvisación de nuevos cuadros de mando, carentes de la necesaria preparación y sujetos al capricho de quienes los designaban.

En cuanto a las bajas francesas, hay para todos los gustos: Para Lidell Hart<sup>42</sup>, las bajas totales serían 172.000; para el comandante Clerc<sup>43</sup> fueron 473.000 y por último, para el barón de Morbat, en sus *Memorias* ya citadas, serían 200.000 franceses y 60.000 de sus aliados.

### BAJAS ESPAÑOLAS EN LAS PRINCIPALES BATALLAS

BATALLA	NÚMERO DE BAJAS	FECHA
Cabezón	500	12-06-08
Medina de Rioseco	2.700	14-07-08
Bailén	978	19-07-08
Gamonal	900	10-11-08
Espinosa	5.300	10-11-08
Tudela	6.000	23-11-08
Molins del Rey	2.000	21-12-08
Ucles	7.000	13-01-09
Vals	2.000	25-02-09
Ciudad Real	2.500	27-03-09
Medellín	10.000	29-03-09
Talavera	1.200	28-07-09
Almonacid	5.000	11-08-09
Tamames	700	19-10-09
Ocaña	18.000	19-11-09
Alba de Tormes	3.000	28-11-09
Gevora	4.800	19-02-11
Albuera	1.300	16-05-11
Sagunto	5.400	25-10-11
TOTAL BAJAS (muertos, heridos y prisioneros)	79.278	

### BAJAS ESPAÑOLAS EN LAS PRINCIPALES CIUDADES SITIADAS

CIUDAD	BAJAS	FECHA CAPITULACIÓN
Rosas	3.200	06-12-08
Zaragoza (2º sitio)	30.000	21-02-09
Gerona	6.000	10-12-09
Lérica	5.370	14-05-10
Astorga	2.500	22-04-10
Ciudad Rodrigo	5.000	10-07-10
Tortosa	6.500	02-01-11
Badajoz	8.800	10-03-11
Tarragona	11.000	24-06-11
Castillo de Figueras	4.500	19-08-11
Castillo de Sagunto	5.400	26-10-11
Valencia	18.000	09-01-12
TOTAL DE BAJAS (muertos, heridos y prisioneros)	106.270	

(42) *La estrategia de Aproximación Indirecta.*

(43) *Campagne du Maréchal Soult dans le Pyrénées Occidentales.*